Subcomisión de Cultura periodo 2021-2023

**Coordinador:** Spiner Rubén.

**Integrantes:**

Cannata, Valeria (Tucumán)

Carbia, Sergio (CABA)

Clerc, Constanza (Bella Vista)

Di Prinzio, Luis (CABA)

Escandar Saravia,Adriana (Salta)

Gatti, Carlos Fernando (CABA)

Lui, María Fernanda (Jujuy)

Vidal, Graciela del Carmen (Córdoba)

Selección de Poemas y Narraciones

2022

Prólogo

Desde el Grupo de Literatura de la SAD queremos compartir con todos los colegas, parte de la producción que mes a mes venimos intercambiando, durante este año 2022.

El Congreso, en el mes de agosto, nos permitió reencontrarnos y estimular lazos de amistad. Agradecemos a las autoridades de la SAD que lo organizaron y nos permitieron disponer de un espacio y a todos quienes formaron parte del mismo, en el Focus *Momento de Letras.*

El placer que otorga la escritura no reconoce límites: tenemos presente que el hecho de compartir vivencias, fantasías, ilusiones, aventuras, pensamientos, enriquece la sensibilidad y el acervo intelectual del ser humano.

Deseamos que disfruten estas lecturas, que ellas formen parte de la recreación tan necesaria para todos los médicos, en la cotidianeidad.

El grupo es pequeño: reiteramos la invitación a incorporarse como integrantes del mismo, dentro de la comunidad de la SAD.

Dra. Graciela del Carmen Vidal

Coordinadora - Grupo de Literatura

Subcomisión de Cultura - SAD

Integrantes

Participantes año 2022

Carbia, Sergio

Grzeszczak Garcia , Barbara

Guerrero, María Cristina

Lynch, Guillermo Francisco

Lui, María Fernanda

Pilz, Cynthia Patricia

Sánchez, Graciela

Valdez, Nilda

Vidal, Graciela del Carmen

Otros integrantes

Bruno Gil, Eliana - Restifo, Lorena - Rodríguez, Fanny - Velázquez, Lorena A.

El paciente (un relato)

Era un día como tantos de noviembre, soleado, no muy caluroso en Buenos Aires, cuando salimos a la hora convenida, las diez de la mañana, por la avenida Cabildo hacia la quinta presidencial de Olivos. La larga fila de granaderos, trajeados en ropa de gala, marchaban al trote montados a caballo bajo la atenta mirada del capitán al mando. Se escuchaba la traca-trac continua del percutir de las herraduras sobre el asfalto, y a pesar del ruido de las bocinas y los caños de escape de los autos, alcanzaba el sonido para tocar algún recoveco en la memoria infantil de los ocasionales transeúntes. Seguramente se acordaban cuando estuvieron vestidos de granadero con su gorrito de papel en el jardín de infantes, o tal vez, rememoraban el paso victorioso del ejército *Sanmartiniano* al efectuar el cruce de la cordillera de Los Andes. Otros miembros del público tarareaban el *Febo asoma*, recordando la melodía triunfal del combate de San Lorenzo y una pareja, apoyada sobre la columna del semáforo, movía imperceptiblemente los labios entonando las estrofas del himno nacional. En la esquina con Juramento, un grupo de colegiales, tras aplaudir rabiosamente a la caballería patriota, comenzó a explotar pirotecnia, primeros petardos que anunciaban la proximidad de las fiestas de fin de año. Un par de ellos, al estallar muy cerca del desfile, provocaron que los últimos caballos corcovearan, e intentaran, sin lograrlo gracias a la destreza de los oficiales, salir en estampida. Este largo cordón centaurino, casi cien metros de largo, estaba formado por soldados en el medio de la formación, escoltado por oficiales en ambos extremos, quienes cada tanto arengaban a la tropa a seguir el paso. Muchos soldados cabeceaban, debido a la mala noche que habían pasado de imaginaria; mientras otros lucían agotados de tanto cepillar caballos hasta hacerlos brillar como zapatos de charol, entre ellos el díscolo González, destrozado tras haber malambeado en el arenero al son de las órdenes del Cabo. Aquellos rostros, sudorosos, resignados y gastados de la soldadesca, contrastaban, en discordante mezcla militar, con las caras alegres, excitadas y soñadoras de los oficiales. Yo, Dragoneante médico tras varios años de prorroga universitaria, observaba todo el cuadro junto al Sargento enfermero, cómodamente ubicados al fondo de la fila en los asientos de la Kombi VW reconvertida en ambulancia, constituyendo nuestra función la de dar asistencia ante algún percance que ocurriera en el transcurso del denominado servicio para apoyo de combate (SPAC).

Durante la travesía por la avenida porteña los caballos empezaron a mostrar signos de cansancio a medida que pasaban las cuadras, expulsando saliva, que exhibian como claras de huevo batidas a nieve alrededor de la boca y el hocico. Revoleaban los ojos, nerviosos, ansiosos, desesperados ante la gran cantidad de autos que circulaban por los carriles paralelos de la ancha avenida, moviendo sus largos cuellos de un lado para otro en un movimiento repetitivo y mecánico. Sus cuerpos habían perdido su primigenia elegancia, bañados en gotas de sudor que resbalaban, persiguiéndose unas a otras en loco desfile hacia el suelo, pero sin llegar a alcanzarlo porque la fuerza de la marcha provocaba que flotaran en el aire, cayendo ocasionalmente algunas de ellas sobre nuestro parabrisas. Sufrían, con nobleza encomiable, el fustigar del jinete y su peso, aumentado por los ornamentos de época, como la cabalgadura, bellamente fileteada en amarillo sobre un fondo azul o el sable, que encandilaba por momentos con su brillo según la incidencia de los rayos del sol.

Finalmente llegamos a destino. Al parar la formación por llegar a destino, algunos caballos, sedientos tras la larga caminata, se arremolinaron a tomar la escasa agua que circulaba por el borde de la acera. Otros, más agitados, flameaban en rápidos movimientos vibratorios sus robustos cuerpos, desobedeciendo las órdenes humanas al invadir la vereda y masticar sin disimulo el pasto de la Quinta Presidencial de Olivos, para luego rumiar, indiferentes al grito del jinete, la bola de alimento vegetal que bailoteaba como el péndulo de un reloj, de un cachete a otro. Mientras los animales pastaban, ya resignada la tropa a sus instintos, esperábamos que abrieran el portón principal sobre la avenida Maipú con los caballos dispuestos en desorganizada fila. Nadie se había apeado, y los soldados permanecían callados, concentrados en el arte de la respiración, inhalando y exhalando a tramos cortos con la boca a medio abrir por la presión ejercida por el cordón del morrión, extremadamente incómodos ante la encajetada vestimenta. Algún milico más transgresor, inidentificable a nuestra distancia, dejaba de tironear de las riendas, apoyando su pecho sobre las crines del cuello del animal en una posición más cómoda aunque prohibida de descanso. El Capitán semblanteaba a sus soldados con desdén, hasta con bronca diría, considerándolos una basura indigna en el manejo del hermoso ejemplar que montaban. De pronto, sus ojos se cruzaron con los míos, que había bajado cargando el maletín de remedios con el objetivo de estirar las piernas, adormecidas de estar mucho tiempo apoyadas en la misma posición sobre el duro asiento del móvil. Con gestos de mano me obligó a acercarme a él, y me solicitó de manera afectuosa que atendiera a un enfermo a quién notaba afiebrado. Noté en su cara una sincera preocupación, tal vez atormentado al imaginar que la situación pudiera ser grave.

Me acerqué al paciente quién me miró con sus ojos tristones, molido por la dura actividad del día. Parecía haber ingresado al servicio más joven, poco resistente ante la distancia recorrida, pero salvo eso, no parecía detectar en él otra cosa. Lo miré al Capitán, transmitiéndole tranquilidad con un simple movimiento de mi pulgar derecho hacia arriba, quién inmediatamente cambió el gesto rígido de su cara por otro más distendido, aliviado y paciente, incluso esbozando una sonrisa, algo inusual dentro del protocolo ceremonial. Yo me aprestaba a revisar al paciente para ver si encontraba algo más, pero bruscamente cambié de idea. Abrí la cajita de medicamentos y me decidí por la *aspisan*. Cuando acerqué el comprimido a su boca lo tragó sin preámbulos, mientras continuaba mirándome con sus grandes ojos apesadumbrados, quizás agobiado y aterrado al pensar en una nueva tarea encomendada.

A la hora, cuando íbamos a iniciar el retorno, el capitán me felicitó por el mejor estado de salud del paciente, a quién consideraba en su más alta estima.

-Mírelo, como coche nuevo –me dijo

-Renovado, brioso. Ahora podrá cabalgarlo sin parar hasta el regimiento –acoté, cuidándome de no esbozar ni la más mínima sonrisa.

Sergio Carbia

El gran ausente

Estaba sin rumbo cuando te conocí. Eras ayudante de cátedra de Dermatología, tan simpático ocurrente que pudiste convertir algo tan árido y tedioso en una divertida pasión y me enganché. Te veía de tanto en tanto en los Pierini, siempre te acercabas a saludarme. Pero mientras perdías el pelo y se agrandaba tu cabeza comenzaste a viajar en avión y tanto te gustaban los Boeing, que pusiste uno en el cuarto piso y a mí, ya no me veías, entonces te borré, eras uno más.  
Recuerdo último PIERINI, estábamos al borde de la pandemia. Algunos invitados extranjeros se volvieron, poca gente presente.  
El congreso se cerraba con una conferencia de luz pulsada, que como éramos pocos, se daba en la sala de profesores y como no me interesaba estuve a punto de retirarme, pero fui.  
Estabas sentado al lado del escritorio, no diste lugar al disertante y así no más tranquilamente comenzaste a hablar de tu vida. Recuerdo la música de fondo "A Mi manera", de a poco esa coraza fue desapareciendo y me reencontré con ese simpático flequilludo.  
Contaste que eras hijo de humildes emigrantes italianos, esos con quinta y gallinero al fondo, que te ayudabas en los estudios repartiendo diarios y cuando se cumplió el sueño de "mi hijo el dotor" te interesó la dermato porque tu mamá tenia PSORIARIS, también dijiste (en contra de lo que todos creíamos ) que no eras rico, lo que ganabas era solo para bancarte los viajes y que tu perro, que era el único que se ponía contento cuando llegabas a tu casa  todas las mañana, lo subías a tu coche y lo dejabas corretear por la playa de estacionamiento, y que el motivo de tu existencia éramos nosotros los de todos los días o los que veías de tanto en tanto  
Me levanté, estaba asombrada, te di la mano, no puedo explicar todo lo que me pasó en ese momento, eras uno de los míos.  
La semana que viene estoy de fiesta,  me voy al PIERINI. Tengo que acomodar varias cosas: los turnos, la valija, el lugar donde quedarme  
pero a vos, ¿cómo te acomodo a vos? si, si estar vas a estar, lo único es que no te voy a ver.  
MUCHAS GRACIAS, MAESTRO

Bárbara G. García

El encuentro

Presurosa, casi con desesperación, con la emoción atorada en la garganta Eliana esperaba para abordar el avión que la separaba de su amor.

Ese amor tan recordado y atesorado y que la mantuvo viva todo este tiempo.

¡Tantos años pasaron! ¿diez? ¿Tal vez más?

Por fin se miraría en ese mar verde claro y nadaría en su mirada ¡como antes!

Iba dispuesta a decirle por fin lo que hace tanto tiempo no se animó. Ahora sí le diría cuánto lo amaba. Recordó aquélla noche, cuando con las manos entrelazadas y mirándola fijamente a los ojos la besó en la frente y acarició sus cabellos.

Ella pensó que aquella noche sería suya. Lo deseaba ardientemente. Pero nada pasó.

Cómo pudo pensar que se insinuaba si la respetaba tanto? se dijo a sí misma. Siempre le repetía que era una excelente chica, estudiosa, con un gran futuro por delante. Que sería muy afortunado el hombre que se casara con ella…

Y él? Su él, el que mantenía su pasión con esas cartas que aunque escuetas le decía que la quería mucho. Que ella era su nexo con la patria, que recordaba su perfume alimonado y que lo devolvía a las calles de Tucumán en primavera, cuando los naranjos agrios estaban llenos de azahares.

Recordó también cuando se recibieron y Luis tuvo que viajar a Barcelona para realizar su maestría en Genética que le gustaba tanto. Y luego de tres meses dijo que necesitaba continuar especializándose. Le confesó que debía quedarse en España porque acá no había campo para desarrollar lo que había estudiado. Que ya tenía amigos, que se había acostumbrado. Que era muy reconocido. Y se quedó a vivir.

Pero ahora la llamaba. Le ofrecía viajar a Marruecos, un tour de quince días.

Y soñó que ya era su esposa y su hogar era Barcelona. Tenían tres niños, dos mujeres y un varón. y siguió soñando hasta que lo vió venir en el aeropuerto ¡Tan alto y elegante! Impecablemente vestido, un poco delgado, pero igualmente buen mozo.

Se abrazaron con los recuerdos y olvidaron los años separados. Los dos lloraron, rieron, se emocionaron y recorrieron calles y bares. Brindaron por el reencuentro, por la amistad y por el amor. y muchas veces por estar vivos.

Los días transcurrieron como la felicidad cuando se escurre de las manos. Siempre durmieron en cuartos separados. Nunca le habló de amor.

Pero ella tenía viva la esperanza, renovada cada día en un gesto, en un guiño de ojo, en una flor.

Luego del viaje a Marruecos él la llevó a un lugar muy exclusivo y romántico. Eliana se vistió con lo mejor que tenía, se atrevió un poco más con el maquillaje. Sentía que debía estar bella para ese día en el que Luis por fin le diría que la amaba. ¡Nunca se sintió mejor.

No bajó por el ascensor lo hizo por las escaleras bailando tanto como su taquicárdico corazón lo permitía.

El clima y la noche acompañaban. Se le ocurrió que la luna le hacía gestos de complicidad y que las estrellas titilaban más en esta noche única e irrepetible.

La cena transcurrió en el mismo clima de halagos recíprocos que habían marcado su estadía. Las flores, los más exquisitos platos y vinos, los regalos.

Al final de la noche con sus manos entre las suyas Luis le dijo que debía hacerle una confesión.

Ella quiso acariciarlo y él bajó la mirada. Cuando la miró nuevamente vió sus ojos, esos ojos tan amados, anegados en lágrimas.

Tengo SIDA, voy a morir pronto, Por eso estas aquí, porque sos una de las personas que más quise. Sos como una hermana para mi y quise despedirme de este mundo recordando este tiempo tan hermoso que vivimos. ¡Te quiero mucho amiga!

Eliana vió volar su vida en mil pedazos.

Y sintió la inclinación de obligarse casi de una manera demoníaca a ser más fuerte de lo que en realidad era.

Abrazó a su amor largamente. Se quedó con él hasta su última exhalación y lo acompañó a su morada final en la que enterró también su corazón

María Cristina Guerrero

Armonía

tal vez hayan miles de pedidos,

tal vez se cumplan miles cometidos,

muchos van a incluir la esperanza,

con sincera fe y renovada confianza,

tal vez otros incluyan benevolencia,

perdón, olvido y renovar conciencia,

y también quienes planeen grandes cambios

y propuestas mezquinas o salvíficas creyéndose sabio,

tal vez existan inocentes solicitudes,

tal vez respuestas de gente con virtudes.

y críticas a fechas espirituales,

cada vez menos y más comerciales,

memoria de emociones en familia compartidas,

organización cuestionada, vigente aunque trivia.

y tal vez debe ser lo que siempre se quería,

mientras cronos transcurra y estemos,

dispongamos la actitud de remediar lo enfermo

y conciliar con el universo la eterna y renovada armoníaç

Willy Linch

Reencuentro

Y llegará el día

Cuando te anuncies

Y de mis manos

Brotarán los vientos

Cómo huracanes encerrados

Sólo para asirte

Tal vez llegue agosto

Cuando estas rosas …

Hayan despojado tantas espinas

María Fernanda Lui

Creación

Buenos Aires

Arcón de besos encerrados

En noches azules

Salvaje plegaria

Brota el día...

Y eres una niña

Con las manos bordadas

Dijo Le Courbousier

Una bella línea de plata

Salpicando la noche

Buenos Aires

Sueño de golondrinas

Cintura de tango

...........................

Y después...dicen

Que los hombres

Nunca parieron la vida!!

    María Fernanda Lui

Motorhome

Le gustaba mucho viajar. Hasta lo había adoptado como estilo de vida. Siempre con su motorhome recorriendo el mundo entero. Visitando tierras tan lejanas y remotas, que él mismo no podía creer que existiesen. Desde pequeño había acompañado a su padre, de oficio paisajista, en cada uno de sus viajes. Aprendiendo de esta manera el arte de viajar y sus placeres.

En ocasiones, recordaba aquel día, cuando se había mudado a su nueva casa, un motorhome. ¡Estrenando su primer viaje, completamente sólo, para conocer las cataratas del Iguazú!

Dicha vivienda se encontraba siempre limpia e impecable. ¡Minimalista como no podía ser! ¡Cada espacio y rinconcito era aprovechado al máximo! Había descubierto las ventajas de tener una casita propia y ambulante. Llevarla consigo a todas partes. No tener que levantarse temprano para hacer el check out como en los hoteles, o el horario acotado de los desayunos. Pudiendo comer a la hora que quisiera. Estacionar en lugares tan estratégicos que le daban la posibilidad de tener una vista privilegiada, disfrutando de un rico almuerzo al mismo tiempo, o escuchando el canto de las ballenas al dormirse en la costa. Los demás turistas al pasar lo miraban con envidia. Ya que generalmente ¡no había allí algún restaurant u hotel con tal mirador! Tampoco tenía el problema de tener que detenerse en alguna estación de servicio de la ruta para ir a la toilette, ya que el motorhome poseía baño propio. Poco a poco fue llenándolo con recuerdos de calcomanías de cada pueblo, ciudad o sitio que visitaba. Dejando por el otro lado, como un ritual sagrado, su huella dactilar: “Aquí pasó Tomás, el viajero con su motorhome”. ¡Llegó a ser tan famoso en las redes sociales por sus travesías, que algunos comenzaron a imitarlo!

Un día, ya muy viejito, en uno de sus tantísimos viajes, ¡pero no el último!, observó una cafetería que le había llamado poderosamente la atención. ¿Y no sabía por qué al principio? Tal vez las mesitas con sillas en la vereda, decoradas con divinos manteles rojos y blancos a cuadrillé al estilo parisino, o el aroma a café y flores que decoraban por doquier aquel lugar. Anunciando la llegada de la primavera. Ése perfume embelesaba sus narinas hasta lo más profundo de sus fosas nasales, haciéndole agua la boca.

¡Hace mucho que su paladar no saboreaba algo así a la hora del té!, pensó. Entonces decidió frenar de golpe el motorhome, dar marcha atrás unos cuantos metros, para estacionarse frente a la mismísima cafetería. ¡Se iba a dar un gustito esa misma tarde!

A la mañana siguiente mientras el sol acariciaba la ciudad con sus primeros rayos, la dueña de la cafetería apareció frente a la calle de su tienda. ¡Las mesas y sillas habían quedado afuera toda la noche! Un descuido del último de los empleadores que se había quedado allí para cerrar la tienda. ¡Un desliz que no iba a quedar olvidado!¡Ya que podría haber desaparecido el mobiliario! ¡Y lo que costaba!, pensó ella. Se acercó a la puerta para abrirla con sus llaves y, descubrió que su rosal trepador preferido de rosas rojas había desaparecido del ventanal. Sólo existían escuetos tallos y ramas adornando los marcos de dicha abertura.

- ¡Hormigas! ¡Lo que me faltaba! - refunfuñó.

La mañana había comenzado mal, presagiando un mal día para ella. Con atención se acercó al ventanal, descubriendo para su asombro, sobre el marco inferior del mismo, un caracol que la miraba firmemente.

- ¿Acaso habrás sido tú? -le preguntó la mujer señalándolo con el dedo. El molusco con su concha espiral y su pancita completamente llena, le sonrió.

Cynthia Pilz

Adiós

Habrá un día sin noche

Que querré olvidar

Con lágrimas amargas

Y suspiros mudos

Quizás sea un domingo

Callado y sombrío

Habrá un desfile

De figuras informes

De sombras sin rostro

De voces sonantes

De recuerdos vivos

Y con mucho amor

Disminuirán las voces

Tal vez yo diga un verso

Con acordes afines

Desde el otro lado

Volando más allá

Del invierno que llega

Con un golpe impetuoso

En otra dimensión

En otro plano

Quién sabe dónde

Nos encontraremos

Graciela Sánchez

La campera verde oliva

Se detuvo el coche en el medio del camino de esa noche oscura como sus presagios. Seguiría los pasos de su padre y acabaría enterrando sus pies en el lodo resbaladizo de un río, hasta desaparecer.

¡Maldita sea! vociferó aturdido, no puedo siquiera llegar hasta la casona al final de este camino. Se preguntó qué haría .La noche ya había comenzado a hacerse cada vez más oscura y el croar de las ranas se mezclaba con las diminutas luces fosforescentes de las luciérnagas .Decidió caminar hasta llegar a la barranca del rio y allí solo atinó a sacar la petaca con ron que siempre llevaba en el bolsillo para esas horas de abulia , como cuando los pensamientos huían dejándolo sólo, en la frenética búsqueda de una inspiración que no asomaba …Se recostó sobre un sauce tiritando de frío ,no era mucho ,pero lo suficiente como para paralizarlo.

Sabía que algo pasaría cuando a mitad del camino descubrió que había olvidado su celular, pero ya era tarde para volver. Cuando llegue a la casa llamaré para recordar que me lo traigan, se dijo conformista. Pero el destino le jugó esa mala pasada y allí estaba, tieso y desvalido con su campera verde oliva, añorando un pulóver abrigado. Buscó en los bolsillos y no encontró sus medicinas ,también las habría olvidado? . En el bolsillo trasero del jean algo molestaba, hurgó en las ropas y encontró las pastillas blancas para las noches de insomnio. Las tragó junto a un sorbo de ron y miró al cielo anodinamente ,solo esperando …

Algunas estrellas diminutas titilaban entreteniendo el momento …poco a poco el sueño lo fue relajando y su cuerpo tomo una postura

de marioneta olvidada, los brazos en cruz, la pierna derecha levemente doblada sobre un montículo de tierra y la izquierda recta como acogiendo una postura menos ridícula …

La mañana fue asomando y la niebla del río disipó pausadamente el paisaje, al lado del árbol una petaca y un cúmulo de pastos aplastados con forma humana daban cuenta del intruso ahora ausente, que había irrumpido en el lugar …

En la cama 5 del Hospital de la zona un vagabundo dormitaba mientras los enfermeros en voz baja detallaban al médico de guardia cómo habían encontrado al hombre de campera verde oliva. Parecía desarticulado decía uno, pensamos que estaba muerto agregó otro, para mí se tomó toda la petaca y se quedó dormido agregó un tercero.

El hombre escuchaba y recordaba su lucha para no enterrar los pies en el lodo y no seguir hundiéndose en el río, pero recordó que su padre quiso cruzar un pantano, no un río y por eso desapareció en su última aventura sesentosa …

Su mente revivió escenas de esa noche donde soñó con bosques, mares y hielo. Había sentido como la muerte le enfriaba los dedos de los pies, subía por las piernas y buscaba paralizarle el corazón, quería gritar, pero su voz se negaba a ser emitida hasta que el sopor del sueño…o un desmayo, lo doblegó.

Despertó en un cuarto blanco, con una cama blanca y la campera verde oliva en sus pies, lo único que lo unía a la realidad.

Su mente vacía dejaba fluir por momentos ideas simples, pero suficientes como para sentir la sangre renovada y el vigor de una inspiración fortuitamente recuperada.

Tomó una lapicera y comenzó a escribir esta historia.

Nilda Valdez (JulieN)

La segunda vez

Aquel atardecer, reunidos en la terraza que mira al rio Biyamiti, los visitantes del Jock Safari Lodge del Parque Nacional Kruger compartíamos un trago antes de la cena: fue entonces cuando pudimos observar la pose provocativa de la rubia oriunda de Boston; ella y su escote desmesurado se inclinaban al tomar un maní o recoger la copa de Amarula, mientras le sonreía al camarero de piel negra. El acompañante de la mujer, un musculoso pelirrojo cincuentón, parecía atrapado en las palabras que el jefe de los guías pronunciaba al relatar la escena de cinco leones comiendo una gacela, la noche anterior. Al poco tiempo pasamos al comedor y disfrutamos de un exquisito plato de *kudu* al estilo sudafricano.

El personal que atendía el comedor era muy amable y cada mesa tenía a su disposición tres mucamas para el servicio, la mayoría muy jóvenes, más la encargada del comedor, Requi, una mujer de enérgicos cuarenta años a quien no se le escapaba detalle, tanto de la atención de las mesas como de los requerimientos de los huéspedes. Supimos que todo el personal del Lodge pertenecía a la etnia Sumi (salvo el administrador y su esposa, que eran sudafricanos blancos), y que estaban dedicados al servicio del predio, para, de esa manera, crecer en educación y economía. Cansados con las aventuras de esa jornada, nos retiramos temprano para recuperar energías, ya que la recorrida del próximo día comenzaría antes de la salida del sol.

A las dos horas nos despertó un grito espeluznante. Inquietos, nos vestimos apresurados y fuimos al salón. Allí, en medio de un charco rojo estaba el cuerpo sin vida de la rubia del escote. De su cuello brotaba, aún, un hilo de sangre. El delgado y filoso abrecartas, sobre la alfombra, parecía ser el arma del delito.

Luego, nos comentaron que, de las diez cabañas del Lodge, sólo había seis ocupadas, ya que el contingente australiano llegaría tres días después, o sea un total de doce turistas alojados. Después de una hora del suceso, apareció el inspector Johnson, de fino bigote rubio y porte autoritario. Interrogó a todos y nos aconsejó continuar con nuestras actividades, dejando en sus manos la resolución del caso.

Como cada amanecer, a las cinco y media nos reunimos en el comedor pequeño para beber un café con bollos dulces: sólo faltaba el pelirrojo, pareja de la asesinada. El safari matutino nos hizo olvidar, en parte, el terrible suceso pero al regreso sentimos, nuevamente, el peso de la situación. Nos contaron que el marido de la rubia era un poderoso comerciante de automóviles, que estaba demorado en *Malelane,* la ciudad vecina a la entrada del Parque. Durante el almuerzo, el personal atendía nuestras necesidades con la corrección habitual pero la sonrisa se había borrado de sus rostros. El gesto adusto de la jefa de comedor no escapó a nuestra mirada, en especial cuando se dirigía al camarero que había atendido a la rubia la noche anterior. Así las cosas, nos retiramos para descansar de la modorra del mediodía.

Al atardecer salimos para el safari vespertino y vimos al inspector Johnson dialogando con el administrador del *Lodge*: el personal, uniformado como siempre con las impecables túnicas color arena, había sido citado en la pérgola central del parque. Suponíamos que el pelirrojo debía ser el autor del crimen ya que el descaro reiterado de la mujer, lo debía haber hartado.

Esa noche regresamos después de las ocho, ya oscuro, y mientras saboreábamos el cóctel habitual, vimos al inspector que se acercaba a nuestra rueda de conversación.

—Mis estimados visitantes— fue su saludo— el caso está resuelto. Muy asombrados oímos su relato.

Al interrogar a los residentes del Lodge supo cómo estaban constituidas las familias: había una sola viuda con un hijo, las demás estaban formadas por cuatro a seis o más miembros. Supo, así, que Requi, la viuda, había sido abandonada por su esposo hacía veinte años, que él había partido a Estados Unidos con una turista, dejándola con un pequeño de dos años y luego había muerto en una pelea callejera: el niño, hijo de Requi, era el camarero en quien se fijara la rubia. Con estos datos, decía el inspector, no fue difícil inducir la confesión:

—No permitiré que me abandonen por segunda vez. Ella lo merecía— habían sido sus palabras.

Graciela del Carmen Vidal

.